



MONS. SERGIO A. FENOY

ACENTUACIÓN PASTORAL

PRIORIZAR LAS PERSONAS

Lunes 3 de marzo de 2008

*«...las ovejas oyen su voz, él llama a las suyas por su nombre...
ellas le siguen, porque reconocen su voz»
Jn 10, 3 - 4*

A los sacerdotes, diáconos, consagrados
y agentes pastorales de las parroquias
y comunidades cristianas de la Diócesis:

A un año del comienzo de mi ministerio episcopal entre ustedes, mi sentimiento más fuerte es el del agradecimiento al “*Pastor supremo*” (1 PE 5, 4), que me ha encargado, a través de su Iglesia, apacentar esta Diócesis de San Miguel, que tantas posibilidades y desafíos para la evangelización presenta.

También siento que debo agradecer a cada uno: sacerdotes, consagrados y consagradas, agentes pastorales y los fieles que he encontrado en las distintas comunidades. ¡Gracias al trabajo que realizan, a la fe que manifiestan y a la sencillez y confianza en Dios con que viven!

Dios mediante, comenzaré en el mes de mayo las visitas pastorales, para continuar con estos contactos personales, buscando reanimar las energías de los agentes evangelizadores, felicitarlos, animarlos, consolarlos, invitarlos a la renovación de la propia vida cristiana y a una acción apostólica más intensa.¹

En tres años espero completar la visita a toda la diócesis. Será una ocasión para comprobar personalmente la eficacia de las estructuras y de los instrumentos destinados al servicio pastoral y las circunstancias y dificultades del trabajo evangelizador.

Considero que esta acción apostólica es indispensable también para determinar mejor, junto a ustedes, las prioridades y los medios de la pastoral orgánica diocesana.

¹ Cf. CONGREGACIÓN PARA LOS OBISPOS, *Directorio para el ministerio pastoral de los Obispos*, 220 ss.

Deseo ofrecerles, mientras tanto, una simple acentuación pastoral, con la intención de indicarles el impulso que sería bueno dar a nuestra acción pastoral ordinaria durante el presente año.

Por lo dicho más arriba, queda claro que no se trata de un plan pastoral. “Acentuar” no es proponer nuevos objetivos pastorales o nuevas y distintas tareas a realizar. Significa más bien, privilegiar, destacar, subrayar, poner énfasis en una manera determinada de hacer lo que ya estamos haciendo y en el espíritu pastoral que debería animarla.

La acentuación que les propongo es: en nuestra tarea pastoral, **priorizar las personas**, porque «*la espiritualidad evangelizadora está marcada por un intenso amor a cada persona*» (NMA 11).

Este amor a cada uno a veces se expresa «como compañía silenciosa y compasiva, otras veces como palabra que alienta, abrazo que consuela, paciencia que perdona, disposición a compartir lo que se posee» (NMA 11)

La primera y primordial pastoral de Jesús, enraizada en su actitud de valorizar la persona antes que nada, fue la de recibir a los pecadores, sordos, mudos, ciegos, parálíticos, enfermos, personas afligidas. Todos necesitamos aprender de Él este estilo nuevo de relacionarse con los demás.

Jesús en su vida hizo presente y concreto el amor misericordioso del Padre, su voluntad salvífica. En los encuentros personales, como con el joven rico, Zaqueo, Mateo, la samaritana, etc., se da el diálogo, la escucha, la acogida, la presencia misericordiosa de Dios, el contacto con la verdad para la libertad, el nuevo horizonte de vida y el respeto por la decisión tomada por el otro.

Los encuentros frecuentes con los pecadores y los marginados no eran para condenarlos sino para decirles que Dios no los olvidaba y que eran sus preferidos.

Esta manifestación del amor salvífico del Padre en Jesús llega hasta cada persona, que al verse así favorecida, responde con un amor agradecido.

Los invito a repasar con el corazón el capítulo 10 de San Juan, especialmente los versículos 3 y 4:

«...las ovejas oyen su voz, él llama a las suyas por su nombre... ellas le siguen, porque reconocen su voz»

En la Escritura, el pastor es aquel que tiene el cuidado de otras personas, aquel que guía con solicitud a otros, no solamente como grupo, sino también como individuos. Jesús Pastor cuenta una a una las ovejas, y por eso cada una de ellas se siente objeto de solícita

y amorosa atención. Entre cien, es capaz de advertir a una que se ha extraviado. Y por esa sola emprende una amorosa búsqueda:

«al encontrarla se la echa a los hombros contento, se va a casa, llama a amigos y vecinos y les dice: Alégrese conmigo, porque encontré la oveja perdida»²

¡Qué bueno es experimentar este amor personal, dirigido con tanta intensidad a cada uno, como si fuera el único, y que hacía exclamar a Pablo: *«me amó y se entregó por mí»* (**GAL 2, 20**)!

Tomando como modelo el estilo y el modo en que Jesús ama, la relación pastoral que establezcamos con los demás se definirá, entonces, por ser prioritariamente, un encuentro de personas:³

Quien se acerca a nosotros, no es un “objeto” o un simple “hacedor de cosas”. Es una persona, sea quien sea, con todo lo que implica esa realidad. En el pasaje evangélico de Marta y María, Jesús no dice que el trabajo de Marta no debía realizarse, pero elogia a María por haber descubierto lo que era más importante en aquel momento preciso de la vida del Maestro: *recibirlo*.

Las características de este encuentro personal, donde se vivencia claramente la atención al otro, coinciden con las notas más relevantes de la espiritualidad de la comunión, expuestas magistralmente por el Siervo de Dios Juan Pablo II:

“... una mirada del corazón sobre todo hacia el misterio de la Trinidad... cuya luz ha de ser reconocida en el rostro de los hermanos que están a nuestro lado...”

... (la) capacidad de sentir al hermano de fe en la unidad profunda del Cuerpo místico y, por tanto, como «uno que me pertenece», para saber compartir sus alegrías y sus sufrimientos, para intuir sus deseos y atender a sus necesidades, para ofrecerle una verdadera y profunda amistad....

² Lc 15, 5 - 6

³ La aventura de los Apóstoles comienza así, como un encuentro de personas que se abren recíprocamente. Para los discípulos comienza un conocimiento directo del Maestro. Ven dónde vive y empiezan a conocerlo. En efecto, no deberán ser anunciadores de una idea, sino testigos de una persona. Antes de ser enviados a evangelizar, deberán “estar” con Jesús (cf. **Mc 3, 14**), entablando con él una relación personal. Sobre esta base, la evangelización no será más que un anuncio de lo que se ha experimentado y una invitación a entrar en el misterio de la comunión con Cristo (cf. **1 Jn 1, 3**).

BENEDICTO XVI, Audiencia general del 22 de marzo de 2006.

... (la) capacidad de ver ante todo lo que hay de positivo en el otro, para acogerlo y valorarlo como regalo de Dios: un «don para mí», además de ser un don para el hermano que lo ha recibido directamente...

... saber «dar espacio» al hermano, llevando mutuamente la carga de los otros (cf. **GAL 6, 2**) y rechazando las tentaciones egoístas que continuamente nos asechan y engendran competitividad, ganas de hacer carrera, desconfianza y envidias".⁴

La persona es la manifestación más profunda de la realidad. Su núcleo y característica es la libertad. Esta se dilata y crece en el encuentro, y se perfecciona en la asunción del propio destino y de la propia vocación. Priorizar las relaciones personales es:

- priorizar el diálogo, marcado por la actitud de aceptación y de respeto por las distintas personalidades;
- preferir estimular al otro para que ejerza su libertad y activa responsabilidad, y que no se conforme sólo con recibir pasivamente;
- adaptar la búsqueda de Jesús, sin renunciar a sus exigencias objetivas, a las posibilidades de la persona y a su capacidad de progreso, ayudando a cada uno a encontrar su camino y a asumir su propia vocación y lugar en la vida.⁵

Se trata, en fin, de traducir en hechos pastorales lo que el hombre es en el pensamiento de Dios: una criatura a imagen del Creador, animada del soplo mismo de Dios, un «único» que escapa al anonimato de las categorías en que pudiéramos tratar de encerrarlo.

Por eso será necesario contar en la acción pastoral con una gradual pedagogía que favorezca el crecimiento y la maduración de las personas,⁶ teniendo en cuenta «que el

⁴ **JUAN PABLO II**, *Carta Apostólica Novo millennio ineunte*, 43

⁵ En los designios de Dios, cada hombre está llamado a desarrollarse, porque toda vida es una vocación. Desde su nacimiento, ha sido dado a todos como un germen, un conjunto de aptitudes y de cualidades para hacerlas fructificar: su floración, fruto de la educación recibida en el propio ambiente y del esfuerzo personal, permitirá a cada uno orientarse hacia el destino, que le ha sido propuesto por el Creador. Dotado de inteligencia y de libertad, el hombre es responsable de su crecimiento, lo mismo que de su salvación. Ayudado, y a veces es trabado, por los que lo educan y lo rodean, cada uno permanece siempre, sean los que sean los influjos que sobre él se ejercen, el artífice principal de su éxito o de su fracaso: por sólo el esfuerzo de su inteligencia y de su voluntad, cada hombre puede crecer en humanidad, valer más, ser más...

PABLO VI, *Carta Encíclica Populorum Progressio*, 15

⁶ La propuesta de Cristo se ha de hacer a todos con confianza. Se ha de dirigir a los adultos, a las familias, a los jóvenes, a los niños, sin esconder nunca las exigencias más radicales del mensaje evangélico, atendiendo a las exigencias de cada uno, por lo que se refiere a la sensibilidad y al lenguaje, según el ejemplo de Pablo cuando decía: «Me he hecho todo a todos para salvar a toda costa a algunos» (**1 Co 9, 22**).

crecimiento espiritual y el desarrollo de la conciencia moral son procesos graduales, generalmente lentos, en los que la gracia de Dios trabaja con la libertad débil del hombre, sin violentarla» (NMA 79). En este sentido, habrá que brindar especial atención a aquellos en quienes se ha debilitado el sentido de pertenencia a la Iglesia y el crecimiento de su fe y se encuentran en una situación de fragilidad espiritual para volver a proponerles la santidad como un ideal atractivo y posible con la ayuda de la gracia, en cada momento de la existencia personal.⁷

La tarea evangelizadora que realicemos, entonces, *«ha de tener en cuenta la cotidiana experiencia de la gente: lo que viven las personas, sus inquietudes, sueños, expectativas y preocupaciones que vibran en sus corazones. Son innumerables los acontecimientos de la vida y las situaciones humanas que ofrecen la ocasión de anunciar, de modo discreto pero eficaz, lo que el Señor desea comunicar en una determinada circunstancia» (NMA 78).*

Lejos de sentirnos mejores que ellos, necesitamos aprender de nuestros hermanos más sencillos su práctica cristiana y su manera de seguir a Jesús. Son sujetos preferenciales en la construcción del Reino de Dios y no meros receptores pasivos e ignorantes de una sabiduría y santidad que *“sólo yo creo poseer”*. Sería bueno, también, hacerles saber efectivamente todo lo que aprendemos de ellos.

Nuestras propias comunidades deberán transformarse en espacios donde sea posible sanar y reconstituir los vínculos entre las personas, *«somos prójimos cuando nos hacemos cercanos, nos miramos con ternura y nos ayudamos generosamente los unos a los otros, sobre todo, cuando estamos heridos. Aprendemos a caminar juntos si asumimos las crisis de nuestros vínculos como un llamado de Dios para convertirnos, a fin de ser más unidos y solidarios, volviéndonos más familia y más pueblo» (NMA 67).* Esto exige, una vez más, retomar con energía el proceso de reforma y conversión de nuestras parroquias, para que sean capaces de asumir decididamente un estado permanente de misión, saliendo al

JUAN PABLO II, *Carta Apostólica Novo Millennio Ineunte*, 40.

⁷ Llegar a la estatura de la vida nueva en Cristo, identificándose profundamente con Él y su misión, es un camino largo, que requiere itinerarios diversificados, respetuosos de los procesos personales y de los ritmos comunitarios, continuos y graduales. En la diócesis el eje central deberá ser un proyecto orgánico de formación, aprobado por el Obispo y elaborado con los organismos diocesanos competentes, teniendo en cuenta todas las fuerzas vivas de la Iglesia particular: asociaciones, servicios y movimientos, comunidades religiosas, pequeñas comunidades, comisiones de pastoral social, y diversos organismos eclesiales que ofrezcan la visión de conjunto y la convergencia de las diversas iniciativas. Se requieren también equipos de formación convenientemente preparados que aseguren la eficacia del proceso mismo y que acompañen a las personas con pedagogías dinámicas, activas y abiertas. La presencia y contribución de laicos y laicas en los equipos de formación aporta una riqueza original, pues, desde sus experiencias y competencias ofrecen criterios, contenidos y testimonios valiosos para quienes se están formando. **DA 281.**

encuentro de todos los bautizados, «*especialmente de aquellos que se sienten más alejados, allí donde se hallan y en la situación en que se encuentran*» (NMA 77) y recibiendo cordialmente a quienes se acercan a ellas.⁸

Esto será posible si sabemos promover «*el protagonismo de todos y cada uno de los bautizados, especialmente de los laicos y laicas, favoreciendo su activa participación en las distintas instancias de las acciones pastorales: no sólo en la fase de ejecución, sino también en la planificación, en la celebración y en la metódica evaluación*» (NMA 75), y si evaluamos, con sinceridad y transparencia, las relaciones personales en la propia comunidad a la luz de las siguientes preguntas: ¿a quien le prestamos más atención y por qué?; ¿a quien no le prestamos nada de atención y por qué? y ¿a quién deberíamos prestarle más atención y por qué? Si somos capaces de incluir y entusiasmar a la mayor parte de nuestros agentes pastorales en la causa de la evangelización, no perdiendo tiempo y esfuerzos en preocupaciones pequeñas que desgastan las relaciones entre ellos y restan energías apostólicas, lograremos reducir las discusiones inútiles y los desencuentros que nacen del individualismo, la competencia y el desinterés entre las comunidades (Cf. NMA 46).

Queridos amigos, en la oración personal y en la reflexión comunitaria encontrarán muchas y diversas maneras de concretar esta prioridad hacia cada uno de los hermanos que se acercan a nosotros. De manera particular, desearía que los distintos ámbitos pastorales: las parroquias con sus consejos pastorales, las comunidades de vida consagrada, el Seminario Diocesano, las comunidades educativas, Caritas, la JUREC, etc., reflexionaran sobre esta acentuación pastoral que hoy les propongo para asumirla, vital y eclesialmente, en propuestas pastorales concretas.

Estamos cerca de la celebración de la Pascua. En ella volveremos a descubrir que el Hijo murió por «*todos*» y que nosotros debemos hacer presentir a «*todos*» y a «*cada uno*» esta verdad. Es importante encontrar los sentimientos, las actitudes y las palabras para transmitirla. Para un anuncio tan grande y tan personal a la vez «*hace falta una preparación y ésta consiste precisamente en nuestra manera de mirar a aquél a quien nos acercamos*».

⁸ La renovación que hoy la parroquia necesita, exige paciente y sincera transformación interior, conjuntamente con una modificación operativa. En efecto, en ella ha de poderse vivir una fuerte experiencia de reconciliación, comunidad, fraternidad y solidaridad... No podemos olvidar, o desconocer, que todos los bautizados tienen derecho a encontrar en su parroquia una comunidad que los acoga, y les brinde una efectiva y afectiva ayuda fraterna y una tarea en la que puedan desarrollar la misión que cada uno ha recibido del Señor. Así, muchos podrán crecer, incesantemente, en la vida de oración y de generosa entrega a Dios en el servicio a sus hermanos, hasta llegar a la santidad.

CONFERENCIA EPISCOPAL ARGENTINA, *Líneas pastorales para la nueva evangelización*, 44.

Es necesario que sienta hasta qué punto lo consideramos como un ser formado según un modelo único y jamás reproducido desde que el mundo es mundo (MAURIAE)... es preciso que quien nos habla pueda leerlo en nuestros ojos –sin fingimiento ni rutina-, que vea en nosotros la mirada llena de asombro con que lo contemplamos». ⁹ Este «asombro» es consecuencia del mirar desde la perspectiva de Jesucristo, ya que «al verlo con los ojos de Cristo, puedo dar al otro mucho más que cosas externas necesarias: puedo ofrecerle la mirada de amor que él necesita». ¹⁰

El Señor Resucitado nos ayude a todos con su gracia para que en este mundo donde frecuentemente nos sentimos desamparados, ignorados, utilizados o excluidos podamos «dar un testimonio de proximidad que entraña cercanía afectuosa, escucha, humildad, solidaridad, compasión, diálogo, reconciliación, compromiso con la justicia social y capacidad de compartir» (DA 363) como Él mismo lo hizo.

San Miguel, 3 de marzo de 2008

⁹ JACQUES LOEW. *Perfil del apóstol de hoy*, 122.

¹⁰ BENEDICTO XVI. *Carta Encíclica Deus caritas est*, 18.